



AUTORES Y LIBROS.

Escribir (y morir) en provincia

A propósito de la repentina y sensible muerte de Andrés Sabella, no en Antofagasta, de donde era natural y donde residía, sino en Iquique, ciudad en la que se encontraba de visita, le pidieron un juicio, uno solo, al narrador José Donoso. Respondió lo que sigue: "Nunca lo conocí. Aunque su poesía no me parecía gran cosa, le tenía un profundo respeto porque se mantuvo heroicamente en la provincia. Si escribir en Santiago es difícil, hacerlo en provincia es un acto heroico". En España Donoso residió por espacio de varios años en el pueblito de Calaceite. Si no me equivoco, perduraba la dictadura de Franco. Se había refugiado en el retiro de Calaceite para escribir sin la traba de los compromisos mundanos.

En 1933 se ofreció al filósofo Martin Heidegger, por segunda vez, la ocasión de profesar en Berlín, con Hitler ya instalado en el poder. Heidegger rechazó esta "honrosa oferta académica" en nombre de su gran amor por la vida en la provincia, su Friburgo, es decir, la Selva Negra. Publicó un artículo acerca del caso. Apuntaba allí entre otras cosas: "Cuando en la profunda noche del invierno una bronca tormenta de nieve brama sacudiéndose en torno del albergue y oscurece y oculta todo, entonces es la hora de la filosofía. Su preguntar debe tornarse entonces sencillo y esencial. La elaboración de cada pensamiento no puede ser sino ardua y severa. El esfuerzo por acubitar las palabras se parece a la resistencia de los embates abetos contra la tormenta..."

Al hablar, días después, en la capilla que guarda los despojos mortales de Sabella en el Cementerio de Antofagasta, en representación de la entidad hipotética, imaginaria o imaginista de los escritores de Santiago, se produjo el cruce de dos discursos rápidos en mi mente. Uno, el público, de puertas afuera, aludía a la obra inmensa, en todo sentido, que Sabella había dedicado a su patria; a la injusticia de que no se le otorgara el reconocimiento del Premio Nacional de Literatura y al mandarínismo moral que, sin proponérselo, porque había sido humilde y nunca envidioso, había ejercido en las actividades intelectuales del país coterano. El otro discurso, de puertas adentro, mudo, crítico y asombrado, encarnaba una interrogación alrededor de la escasa conciencia existente entre algunos escritores chilenos "internacionalizados" por las veleidades del "boom" sobre el compromiso humano de la literatura en tiempos de crisis.

Me volvía interiormente hacia los años 30 en Europa y a la movilización de los escritores, equivocados o no, pa-



Andrés Sabella era, sin duda alguna, el escritor más conocido en Chile.

ra defender los valores esenciales de la libertad del pensamiento.

En el período más intenso del autoritarismo chileno de estos años, con Jorge Millas a la cabeza, se había creado, casi en la clandestinidad académica, una asociación, prolijada por el espíritu de don Andrés Bello, para preservar el futuro democrático de la universidad y la cultura. La Sociedad de Escritores de Chile había servido de punto de albergue material a esta iniciativa. Más tarde, bajo la presidencia de Jorge Edwards, novelista, cuentista, ensayista y memorialista, amigo muy querido de Neruda, la misma Sociedad de Escritores había puesto en pie un organismo de combate en contra de los desmanes que pretendían emascular (véase el vocablo en algún texto de Silva Castro) de hecho la libertad de expresión.

En todas estas batallas nos había acompañado Sabella desde Antofagasta. Sabella tenía tantas razones, como Heidegger en 1933 en Alemania, para fundamentar su amor por la provincia. Santiago, entre los años 30 y 50, había sido para él una fiesta. Todas las tertulias intelectuales lo acogían. Todas las bohemias bravas lo sentían suyo. Era la paloma de la paz que agitaba con sus plumas el alma dormida de una ciudad expuesta a las peores injusticias. Sin

embargo, ponicado de lado las lúces de la metrópoli, había optado por la vuelta al terruño.

Al día siguiente del homenaje en la tumba de Sabella, salí a recorrer las calles céntricas de Antofagasta en compañía de un cicero de lujo: Rado-miro Tomic, ex senador, ex embajador en Washington, ex candidato a la Presidencia de la República en 1970, hombre de agudo ingenio y de vastísima cultura, oriundo de la tierra nortina. Compañero de Sabella en el Colegio San Luis de Antofagasta, Tomic me iba mostrando lugares y monumentos que yo desconocía. Recuerdo que en el tumulto del Cementerio, a la hora del homenaje a Sabella, una señora se me había acercado tímidamente para decirme que leía mis artículos y que los coleccionaba en un álbum. Me emocionó hasta las vísceras ser por un momento objeto viviente de tal ofrenda en aquel cementerio para mí tan arcano.

De seguro, y esto se lo comentó a Tomic, Sabella era en la actualidad el escritor más conocido de Chile. Por de pronto, su sola mención ante las masas antofagastinas arrancaba estremecedores aplausos. Nadie habría podido disputarle un palmo de terreno en su región gloriosa del Norte Grande. Su presencia había refutado el lugar común de que nadie es profeta en su tierra. Sabella lo había sido. Profeta y poeta. Esto es, poeta y profeta.

Pensé en seguida: "Paremos de contar. Aquí se acaba la vida literaria de Antofagasta". Mientras cavillábamos, nos detuvo en plena calle Capitán Arturo Prat Chacón la poetisa Alejandra Zarhi García. Como su maestro Sabella, cargada de hojas de poesía y de mieles. Las mieles, de verdad mieles, son el sustento de sus hojas de poesía. Vendiendo mieles del Sur logra dotar de poesía al Norte. Nos entregó a espaldas su revista "Imágenes de Océanos". En el N° 2 de 1989 (Año VI) se lee: "Con fecha 31 de marzo de 1989, en presencia del notario Sr. Vicente Castillo Fernández, se dio inicio a la SEGUNDA MARATON POETICA, realizada en la ciudad de Antofagasta. El año 1984 batimos el record de 36 horas recitando ininterrumpidamente mil 347 poemas, siendo reconocidos en los archivos Guinness. El 31 de marzo se marcó el record de 42 horas y mil 301 poemas. Lo único que se pretendió fue rendir un homenaje a Nuestra Señora la Poeta y adherirnos al Centenario de nuestra querida hermana poeta Gabriela Mistral".

La siembra de Sabella en el Desierto. Sáquele molde.

• FLEBO

Escribir (y morir) en provincia [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Escribir (y morir) en provincia [artículo] Filebo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile